

ALGUNAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LOS ULTIMOS CAMBIOS EN LA CONDUC- CION POLITICA DE LA U. R. S. S.

La descomposición del comunismo como empresa ideológica—visible en muchos signos escritos en el cielo de Moscú a partir del 5 de marzo de 1955—está acelerándose en Rusia y fuera de Rusia de un modo que los mismos dirigentes del partido no se atreven ya a desmentir con la firmeza acostumbrada. El *jam foetet* con que Marta y María se quejaron ante el Señor, Nikita Kruschev lo repite para nosotros desde hace algunos meses con acentos cuya estridencia rabiosa no logra cubrir la angustia profunda que los inspira. Es que esta vez toda esperanza de resurrección parece haber desaparecido para el Lázaro del Kremlin.

Despojado de su función de rector supremo del Estado soviético, el PC de la U. R. S. S. queda reducido al papel de liquidador de su propia quiebra, porque, con la muerte de Stalin, la sociedad soviética entró en un período de forcejeo, cuya duración es imposible prever, pero del que no será aventurado vaticinar que dará a su fisonomía rasgos enteramente nuevos y, en todo caso, fundamentalmente contradictorios. Por encima del inmenso proletariado industrial y campesino que empieza a despertarse, jefes militares y dirigentes industriales están empeñados en dosificarse mutuamente porciones de poder—un poder arrancado al partido—, pero detrás de este primer plano han encontrado en agitación fuerzas en plena pujanza, ya sea comprimidas desde 1917, como la Iglesia Ortodoxa, ahora más viviente que nunca, ya surgidas durante el régimen, como la pequeña y media burguesía burocrática, a las que el desmoronamiento del sistema ayuda a expandir sus pretensiones a lo largo de los circuitos nerviosos del cuerpo social ruso.

Los trabajos del vigésimo Congreso han revelado ya que los crujidos registrados en los últimos años, lejos de constituir fenómenos pasajeros y, en fin de cuentas, fácilmente controlables, forman parte de un amplio movimiento que recorre con sus ondas centrifugas—cada vez más inten-

sas—el aparato de gobierno y de represión creado por Lenin y por Stalin mediante una acción política perfectamente concatenada en su propósito unitario y en sus tiempos sucesivos, acción cuyas diferencias—que se subraya ahora llamándolas “contradicciones”—sólo se deben a las distintas necesidades tácticas en que se encontraron ambos dictadores de interpretar las variaciones de la coyuntura, en función de una estrategia siempre idéntica a sí misma.

La tentativa de diferenciar la acción de Lenin de la de Stalin y de considerar la de éste como más alejada de la fuente marxista genuina que la de aquél, no pasa de ser una ilusión piadosa, del orden de las que se dan en ciertos velatorios donde, para ayudar a los deudos a mantener la compostura exigida por la circunstancia, se evita insistir en los vicios del finado y se recuerda únicamente la figura de su padre, muerto hace tantos años, que la mayor parte de los presentes perdieron el recuerdo de su fechorías. Stalin fué el hijo legítimo de Lenin, a quien ayudó a forjarse todos los instrumentos de su dictadura personal, instrumentos que, llegado el momento, no tuvo más que emplear por su cuenta sin necesidad de modificarlos. Sus traiciones con respecto al marxismo primigenio—al que, actualmente, se intenta volver en una desesperada peregrinación a las fuentes—se explican exclusivamente por las que cometió su predecesor. Bien pudo éste desautorizarlo *in extremis* con un testamento, cuya publicación se anuncia a los treinta y dos años de su redacción. Esa pelea final—basada fuera de toda referencia doctrinal, en el argumento subjetivo de la grosería y de la brutalidad del ciudadano Dzhugashvili—obedecía de modo fundamental a motivos personales: las malas contestaciones dadas por dicho ciudadano a la entrometida Nadiezhda Krúpskaia, compañera fiel, pero abusiva, de Vladimir Ilich. Este, en razón de su parálisis general progresiva, se encontraba en la imposibilidad de emitir, con respecto a nadie, juicio alguno de valor político objetivo y su testamento sólo podía ser el resultado de rencillas de tipo doméstico. Con esto pretendemos que, en su dictadura de un cuarto de siglo, Stalin fué el continuador fidelísimo de Lenin y que volver a éste, para quitarse de encima el enorme peso de aquél, apenas si podrá servir para los ingenuos militantes de la base y los ciegos—e interesados—dirigentes locales. En ningún caso para quienes—rusos o no, comunistas o no—entienden descubrir por sí mismos el sentido real de las cosas.

Los crímenes que Krushev achaca a Stalin pertenecen con toda legitimidad al sistema elaborado por Lenin. Este tuvo a su Dzerzhinskiy

y a su Moisés Uritskiy, como aquél tuvo a su Iágoda y a su Beria, y ambos costaron a Rusia y al mundo un número parecido de millones de muertos. Ambos avasallaron con la misma falta de escrúpulos a pueblos alógenos que querían vivir independientes, renegaron de sus más viejos compañeros con idéntico desparpajo, violaron con igual frialdad sus compromisos más solemnes, traicionaron a sus aliados con hipocresía semejante, liquidaron con parecido entusiasmo a todos los “enemigos de clase” a quienes pudieron alcanzar, confundieron con la misma cara de bronce sus rencores personales con los “imperativos de la revolución”. Entre ellos existe solamente una diferencia “temporal”, en ningún caso espacial, porque, mientras Lenin reinó sólo siete años (de los cuales dos de enfermedad), Stalin vió su poder prolongarse durante más de un cuarto de siglo. De suerte que la “perturbación mental” de la que habla Krushev con respecto a Stalin, pertenece igualmente a Lenin, puesto que éste dedicó sus años de gobierno a trazar y poner en marcha los planes de acción que aquél no hizo más que aplicar sin aporte personal alguno. Por algo los métodos stalinianos de gobierno fueron definidos como “el arte de acomodar los restos”.

El “Dios es amor” que Krushev está cantando y que todos los jerarcas de la burocracia comunista, rusos o no, repiten con su habitual obsesión, es la suplicación final de quien no quiere morir y sabe que, sin embargo, nada ni nadie jamás podría salvarle.

Que el comunismo internacional haya muerto como empresa ideológica pronto lo veremos fuera de Rusia. Por estúpidos que sean, los dirigentes y los *agitprop* de los partidos comunistas del mundo libre, no pueden ignorar que perdieron definitivamente toda esperanza de instalarse algún día en el poder en calidad de corifeos locales de una ideología universalista: sólo podrían hacerlo con el apoyo de las bayonetas rusas, es decir, como agentes de un imperialismo que, aun cuando siga llamándose comunista por razones de comodidad, no tiene ningún derecho ya a distinguirse de cualquier imperialismo de tipo clásico. Saben que de Moscú no recibirán ya ninguna fuerza vivificadora, esa fuerza teórica y práctica que, en el pasado staliniano, constituía toda su razón de ser, una razón de ser de índole religiosa de la que sacaban todos sus motivos de pensamiento y de acción. Porque esa fuente vió su fuerza agotarse con la muerte de Stalin.

La “perturbación mental” del ciudadano Dzhugashvili, analizada con tanto acopio psicoanalítico por Nikita Krushev ante los asistentes al vigésimo Congreso y cuya descripción clínica provocó—según se dice—

el desmayo de algunos de los oyentes, hace de los comunistas no rusos unos puros subversivos desprovistos de todo recurso moral: los transforma, de apóstoles de un ideal puesto al servicio de toda la humanidad, en traidores vulgares, en servidores del extranjero.

Sin la inspiración religiosa que los animó durante cuatro decenios, los comunistas de Francia, de Italia, de Inglaterra, de Estados Unidos, de la República Argentina, del Brasil no son más que meros estafadores que intentan colocar una mercadería averiada sin remedio, mediocrísimos agentes de una empresa expansionista del tipo más tradicional, y la apreciación de sus actos pertenece, no a la política ni a la sociología como podía suceder en el pasado, sino, más simplemente, a la magistratura criminal. Ya no puede haber diferencias entre Maurice Thorez, Palmiro Togliatti y Rodolfo Ghioldi, por una parte, Lord How How, Mata Hari y Bolo Pacha, por otra. El piquete de ejecución que se levanta al final de su camino no es el de los mártires y los precursores, es el de los espías y los traidores.

Esto tiende, evidentemente, a crear situaciones nuevas en la realidad política de nuestro tiempo. Situaciones tan fáciles de registrar, ya que en el más activo y sensible de los PC no rusos—el italiano—las rebeliones empiezan a producirse con cadencia acelerada, en nombre—por el momento—de un comunismo desburocratizado, es decir, ajeno a toda influencia moscovita. Fenómeno de trascendencia extrema, por cuanto el comunismo internacional, entre 1917 y 1953, siempre sacó su fuerza, toda su eficiencia, de la burocratización que, desde Moscú, le impusieron Lenin y Stalin en una acción perfectamente ajustada en sus distintos tiempos, sin que sus agentes de ejecución en el exterior tuviesen la facultad de interpretarla libremente. Volvamos a recordar—ya que parece olvidarse demasiado—que el famoso concepto de “democracia en el partido”, tan reiteradamente invocado por Trotsky después de su desahucio, fué eliminado de la práctica del comunismo, no por Stalin, sino por Lenin (ver al respecto los estatutos de la Tercera Internacional, el ensayo *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, y los pormenores de la lucha contra los llamados “anarquistas”).

Me aventuro a formular aquí un vaticinio: antes de que transcurra mucho tiempo—sólo es cuestión de meses, o quizá de semanas—las defecciones han de multiplicarse en los partidos comunistas de Europa y de América. Se tratará, claro está, de defecciones inspiradas por un comunismo que se pretenderá más puro, más ortodoxo que el de Moscú. Pero es evidente que, en la mayor parte de los casos, esas rupturas redu-

cirán al comunismo como tal a la impotencia. Muchos afiliados pretenderán formar partidos comunistas de inspiración casera y no tardarán en caer, o bien en la agitación obrerista escueta llevada a cabo con pretextos transitorios inspirados por reivindicaciones de tipo meramente económicas, o bien en los viejos esquemas del anticlericalismo y del antimilitarismo más manido, y—cuando se trate de América latina—en el callejón sin salida del indigenismo: siempre con el mismo resultado a la vista de una desintegración inevitable. Otros—los menos numerosos—irán al trotskismo o a sucedáneos de trotskismo, sobre todo ahora que Leon Davidovich—Trotsky—ha sido objeto de una rehabilitación parcial, pero se tratará de una minoría ínfima, reducida a actuar en el vacío. Los afiliados dotados de mayor responsabilidad intelectual, los más preparados políticamente hablando, intentarán aproximarse al socialismo, no por cierto para formar con él imposibles frentes populares, sino para integrársele. No hablo, por supuesto, de los comunistas sudamericanos, que no pueden encontrar en el socialismo de este hemisferio muchos elementos de atracción: hablo únicamente de los comunistas italianos, franceses, ingleses, etc.

En la Argentina será dado asistir a espectáculos singulares y no es de excluir que muchos de nuestros comunistas vayan a engrosar la izquierda peronista—la del “comunista-peronista” Rodolfo Puiggrós, como la del “trotskista-peronista” Jorge Abelardo Ramos—, no ya en función de Marx, sino del Perón de los últimos tiempos o, si se prefiere, en función del esquema, evidentemente anarcóide en sus proyecciones necesarias, que puede expresarse por la ecuación Marx-Perón, tratándose, como es obvio, de un Marx más irreal aún que el de Stalin y de un Perón enloquecido hasta llamarse a sí mismo “Trotsky sudamericano”.

La República Argentina que, bajo muchos aspectos, había llegado a transformarse en terreno experimental para Moscú—a causa de su carácter de nación económicamente subdesarrollada que, por el antiimperialismo artificiosamente desatado por Perón, aun en los últimos tiempos por muchas de las condiciones señaladas como óptimas por Stalin en su trabajo sobre *El marxismo y la cuestión nacional y colonial*—la República Argentina, pues, no ha de tardar en ofrecer el cuadro de una desintegración estridente del comunismo mediante la tentativa de captación por los stalinistas, reconciliados con los trotskistas, de los temas fundamentales de la predicación peronista: desintegración provocada, por consiguiente, por la unión de dos híbridos en una praxis nacional peculiar que los excluyese cual fuere su orientación futura, el comunis-

mo argentino no tendrá ya nada que ver con los timos clásicos del comunismo internacional, forjado, vuelvo a repetirlo, por Lenin y por Stalin en relación perfecta uno con otro. Comunismo internacional que, desde ahora, se puede dar por liquidado como empresa ideológica.

* * *

Con lo cual no entiendo decir que el comunismo internacional, eliminado como empresa de expansión doctrinal —como “Islam del siglo XX”— haya dejado igualmente de ser peligroso como empresa de expansión meramente imperialista, como instrumento o pretexto del expansionismo ruso.

Por el contrario, muchos son los signos que revelan que, bajo su nueva faz y una vez limpiado de todo rastro de utopía marxista, genuina o no, el comunismo puede revelarse tanto (o más) peligroso como en los tiempos idos. No pocos hechos concurren a fundamentar ese temor:

1) La presencia de los militares en la dirección de los organismos vitales de la Unión Soviética y de los países satélites. 2) La ofensiva comercial desencadenada últimamente con el designio de permitir a Rusia tomar pie en el mundo árabe, en Africa y la misma Iberoamérica, 3) La distensión interior que, ahora, permite a los ciudadanos rusos vivir con una seguridad que, por relativa que resulte si la comparamos con la de que disfrutaban los occidentales, constituye para ellos un hecho que no habían vuelto a conocer desde la época de la revolución de 1917.

I. Después de haber hablado de Kruschev como del jefe único de la U. R. S. S., del sucesor todopoderoso del todopoderoso Stalin, se le señala ahora como a quien hubiera podido transformarse, en efecto, en el dictador número III, pero no quiso hacerlo porque prefirió acogerse a la llamada fórmula del gobierno colegiado. Un monarca absoluto, en suma, que abdicó voluntariamente sus prerrogativas en favor de una oligarquía de la que, por lo demás, sigue formando parte.

* * *

Ello es un despropósito. En primer lugar, porque las fórmulas colegiadas, en lo que va de historia explorada de la humanidad—algo así como veinticinco siglos—, siempre se revelaron precarias, es decir, destinadas a un pronto fracaso y jamás fueron consentidas por sus beneficiarios, sino únicamente aceptadas por ellos con resignación hasta que una oportunidad permitiese al más astuto eliminar a sus cofrades: los Treinta de Atenas, los Pitagóricos de la Magna Grecia, los Epígonos de Alejandro, Mario y Sila, César y Pompeyo, Octavio y Antonio, en cuanto

a la antigüedad grecorromana; los Gobiernos oligárquicos de las repúblicas italianas y hanseáticas de la Edad Media, los boyardos de Kiev y los mercaderes de Nóvgorod y de Pskov y, más cerca de nosotros, el Comité jacobino de Salvación Pública y el sistema consular que Bonaparte utilizó antes de jubilar a sus socios y proclamarse emperador de los franceses. Rusia nos ofrece un doble precedente: el de 1922-1924, período en que el Gobierno—dejado vacante por la enfermedad de Lenin—perteneció a la asociación Kamenev-Zinoviev-Stalin, apodada *troika*, o tiro de tres caballos, por Trotsky, a quien quería descartar del poder; y el período 1924-1927, que fué el de la segunda *troika*—la de Stalin-Bujarin-Rikov—, que sirvió para desbaratar a los remanentes de la oposición izquierdista, después de lo cual el más intrigante del tiro, Stalin, se deshizo de los otros dos, acusándolos de haber fomentado una peligrosa oposición de derechas.

Krushchev no es el dirigente supremo de la U. R. S. S. Tampoco constituye la versión eslava de don Pedro II de Brasil, que ayudó a la república a instalarse cuando el ejercicio del poder monárquico se le volvió demasiado oneroso. Es solamente el portavoz de un grupo que lo utiliza, porque el PCUS—al que sigue dirigiendo—es muy útil para los designios de ese grupo.

Ese grupo es el “clan de los mariscales” (1).

Aquí no se trata de hipótesis ni de conjeturas aventuradas. El clan de los mariscales existe, y existe tan vigorosamente que dirige a su antojo toda la política rusa hasta sus detalles más nimios. ¿Una prueba de este vigor y de esta afirmación?

Por primera vez en la historia del PC de la U. R. S. S., siete militares —*militares profesionales*, no militares engendrados por el partido, como Voroshilov, Budionniy y Bulganin—forman parte, desde el vigésimo Congreso, del Comité Central, y uno de ellos, el mariscal Zhukov—ex teniente del ejército imperial, dos veces condecorado con la cruz de San Jorge y afiliado al partido sólo en 1918—perteneció al *Praesidium* del Comité Central en calidad de miembro candidato. Este es un hecho fundamental que niega toda la tradición del PC leninstalinista. Si se les agrega que Zhukov es ministro de Defensa y, como tal, controla, además de las fuerzas de tierra, mar y aire, las de Seguridad Interior,

(1) Acerca de los precedentes de esa tenebrosa sustitución, remito a mi trabajo *Las turbias aguas moscovitas*, publicado en el número 3 (junio de 1955) de la revista “Diálogo”, de Buenos Aires.

se podrá concebir qué clase de poder detenta el clan de los mariscales frente a lo que queda en manos del PC.

Por otra parte, la reestructuración de la economía soviética, dada a conocer en ocasión del último Congreso, revela algo más que el triunfo de las tesis de Krushev relativas a las preferencias de otorgar a la industria pesada con acento puesto en una mayor producción de material bélico, en la modernización de la aviación y el desarrollo en gran escala de la artillería atómica y de los artefactos termonucleares (todo esto es conforme a la más pura tradición comunista, tal como Stalin la concibió: prepararse, no sólo para repeler toda posible agresión capitalista, sino, sobre todo, para utilizar las "contradicciones del capitalismo" y aplastarlo oportunamente bajo el peso de armamentos superiores).

Reducida a este esquema—que es el esquema comunista clásico—la economía soviética sería incapaz de aplastar al mundo capitalista, porque dejaría sin respuesta el interrogante relativo a la participación efectiva del pueblo ruso en un conflicto armado de cualquier especie. El precedente desastroso ofrecido por el comienzo del segundo conflicto mundial—precedente subsanado únicamente por los errores cometidos por los alemanes en los territorios ocupados por ellos en 1941-1942—demuestra que, sin la adhesión ferviente de todas las capas de la población, toda guerra emprendida o sufrida por la U. R. S. S. está destinada a la derrota. Ahora bien, en la nueva orientación de la economía soviética, la población recibe ventajas sensibles, sobre todo la población campesina—70 por 100 del pueblo ruso—, que ve relajarse día tras día la aplicación feroz de los vínculos de la organización colectiva. No se habla ya de nuevas granjas estatales, de porcentajes forzosos de producción, de entregas obligatorias, so pena de deportación. Sobre todo, no se habla más de fertilizar, mediante el traslado en masa de poblaciones, las tierras desérticas de Asia central y centromeridional, ni de crear los proyectados *Agrogorod* (agrupaciones de varios *koljos* en gigantescas ciudades agrícolas puestas bajo administración policial). Y es bueno recordar que esas utópicas fertilizaciones asiáticas—que hubieran sido tan homicidas como las deportaciones de *kulaki* en 1930-1931—, y esos *Agrogorod* son creaciones exclusivas, descubrimientos originales de la mente comunista del ciudadano Krushev.

Solamente el ejército es el que podía impedir su realización, que Stalin había aceptado. La otra categoría social actualmente en ascenso, la de los dirigentes industriales—algo así como los *managers* de que habla Burnham—, no tiene interés directo en la protección de la clase

campesina y, en el caso de tenerlo, no dispone de fuerzas coactivas propias para imponer sus preferencias. Por el contrario, el clan de los mariscales, que saca su fuerza de sus 175 divisiones y la inmensa mayoría de sus efectivos de la clase rural, necesita un campesinato satisfecho que lo secunde en sus empresas y en su política. La empresa natural del ejército es hacer y ganar las guerras que su tarea política consiste en preparar.

No hay que hacerse ilusiones. Estamos justamente en un momento de preparación a la guerra que puede desembocar de golpe en un conflicto general. Actualmente, la coyuntura es más favorable para semejante desenlace que las que llevaron a las dos primeras guerras mundiales. El ejército—ante los desaciertos cometidos constantemente por el partido en el llamado “frente interno” y para no ver repetirse las trágicas equivocaciones debidas a la esquizofrenia staliniana en 1941, equivocaciones que Krushev acaba de subrayar sin remilgos—ha tenido que actuar con vigor y decisión. En los tres años que corren desde la muerte del *vozhd* hemos asistido a una eliminación sistemática de la influencia del partido: primero, por la supresión del cuerpo de los comisarios políticos del ejército; luego, por la ejecución de Beria, que se había transformado en el dirigente comunista más poderoso porque las fuerzas policiales de que disponía le permitían controlar todas las actividades de la nación, sobre todo las del ejército y de la clase industrial; después, por la exoneración de Malenkov, que, en su calidad de criatura de Stalin, podía poner la casta de los dirigentes técnicos, a la que pertenece, bajo el control del partido como en los tiempos de su predecesor, sin tener en cuenta los deseos del Estado Mayor de las fuerzas armadas y de los mismos *managers*; finalmente, por la reducción del partido al papel de mero espectador de su propia derrota, si bien los mariscales hayan considerado útil seguir empleándolo allí donde no querían hacer el ridículo personalmente: cantar la palinodia en Belgrado, quitarse los zapatos en Nueva Delhi, comer cacahuetes con los niños de las escuelas en Rangun, encargarse de la liquidación *post mortem* de la obra del ciudadano Djugashvili, etc.

II. La ofensiva comercial, iniciada en octubre de 1955 con los acuerdos con Egipto y acelerada con ofrecimientos de equipos industriales, termoelectrónicos, agrícolas y *militares* a los países subdesarrollados del Próximo Oriente, Africa, Asia sudoriental y Sudamérica, es una piedra lanzada con todo desparpajo por los militares rusos en el jardín occidental. Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos y, ahora, Alemania oc-

cidental y el Japón son los proveedores naturales de esas regiones en productos industriales. Los precios brindados por la U. R. S. S., precios de *dumping*, esto es, situados muy por debajo de los que las naciones aludidas proponen, apretando al máximo sus márgenes de beneficio, crean en el mercado mundial una situación de fluidez sin precedentes. Poco importa si, con el andar del tiempo, las propuestas rusas se revelan tan irrealizables como todas sus propuestas anteriores (y valga para admitirlo el balance de su acuerdo comercial con la Argentina); lo que cuenta es que la campaña de propaganda que esa ofensiva permite desarrollar tiene la ventaja, en un momento extremadamente álgido de las relaciones internacionales como el actual, de anclar a los neutrales en su neutralidad e, incluso, de incitarlos a pasar de su estado presente de no beligerancia a una hostilidad activa contra el Occidente. El pacto recientemente firmado en El Cairo entre Egipto, Siria y Arabia Saudita con el propósito ni siquiera disimulado de atacar a Israel y, sobre todo, de quitar su poca eficacia militar al Pacto de Bagdad, fruto de los desvelos británicos, es ya de por sí un acto de hostilidad militar contra el grupo occidental. La tensión creciente del sector palestinese es la señal más grave—por el momento—de esta hostilidad, y los acontecimientos de la península arábiga (reivindicaciones del Iman del Yemen sobre el sultanato de Aden, de Arabia Saudita sobre la Costa de los Piratas y el emirato de Qatar), los de Jordania (abandono por el rey Hussein de su propósito inicial de adherirse al Pacto de Bagdad, la instrucción dada en los países de detrás de la cortina a aviadores, tanquistas y submarinistas egipcios, sirven para confirmar que todos estos movimientos son de inspiración *militar* y constituyen, por ende, los factores que mejor pueden servir los designios del alto mando del ejército ruso. Movimientos inspirados por el deseo de facilitar la captación de los petróleos del Medio Oriente por este ejército que, en caso de conflicto, los necesitaría tanto más cuanto que, esta vez, no podría suplir sus deficiencias en esa materia con aportes del mundo libre como entre 1941 y 1945. El clan de los mariscales sabe perfectamente que la guerra es inminente, porque el mundo libre no puede aguantar mucho tiempo aun la tensión que, desde hace siete años, merma sus recursos económicos y le impide volcarlos hacia programas de seguridad social. Sobre todo sabe que, tarde o temprano, la situación geográfica creada por Stalin en la Europa oriental, danubiana y balcánica se verá poner en tela de juicio, aunque no sea más que porque Alemania *exigirá* su reunificación y podrá contar para hacerse oír en Moscú con la colabora-

ción incondicional de Wáshington. Puesto que lo sabe toma las disposiciones de tipo militar que mejor pueden favorecer desde el inicio del conflicto, su instalación en Abadán, Mossul, Bahrein, El Kuwait, Haffa (y el canal de Suez), creando oportunamente las condiciones de un choque armado entre los Estados árabes, equipados por Rusia, e Israel protegido por Estados Unidos, condiciones que la propaganda ideológica de los tiempos stalinianos se reveló incapaz de reunir; sirva para ilustrar esta incapacidad la indiferencia con que el mundo musulmán acogió el estallido de antisemitismo provocado deliberadamente por Stalin en 1952 en los países de la cortina (ejecución de Rudolf Slansky y de sus "cómplices" judíos del *Politburó* checo), y en la misma Rusia (complot de los médicos judíos del Kremlin). Ahora Moscú no tiene por qué practicar antisemitismo al por menor. Le basta con equiparar a los árabes para que asalten a los israelíes o para que éstos asalten a aquéllos para prevenir su agresión: alternativa de la que, en todo caso, saldría una guerra general que Rusia, esta vez, emprendería disponiendo de triunfos estratégicos que Stalin no supo cosechar en 1939-1941.

III. Muy visible igualmente la influencia del ejército en el terreno interior. En Rusia, la gente vive más tranquila y segura—no digo más alegre—tanto en el campo como en la ciudad. Los habitantes de las ciudades, vale decir, en su inmensa mayoría, los trabajadores industriales, no temen ya *tanto* ser deportados o fusilados, porque sí o porque no, como en los tiempos de Stalin y de Malenkov-Kruschev; ésta es una satisfacción dada a los *managers*, que consideran más rentable el trabajo de los obreros libres que el de los proletarios aterrorizados. En cuanto a los rurales, liberados del peligro de deportación al Kazakstán (reservado a 500.000 miembros del PC y del Komsomol, señal evidente de que ahora el peligro más grave radica en la inscripción al partido), pueden utilizar buena parte de su producción para comercializarla libremente sin interferencia estatal o policial. Con lo cual los productos agrícolas afluyen a los mercados y, por contragolpe, los habitantes de las ciudades obtienen a mejores precios alimentos más abundantes y variados. Negación estridente esta vez también de la esencia del comunismo clásico—el de Marx como el de Lenin, de Stalin y de Kruschev—, basado en el lema "*le paysan, voilà l'ennemi*". Ahora bien, sabemos por qué el ejército siempre se apoyó en la consigna opuesta, "*le paysan, voilà l'amí*"; mientras la libertad del campesino constituye para el comunismo ideológico y práctico un peligro mortal en razón del "temperamento conservador" de la gente de campo, constantemente denunciado

por los corifeos de la empresa (Marx, Engels, Plejanov, Lenin, Trotsky, Stalin y el mismo Kruschev en numerosas oportunidades), para el ejército esa misma libertad—entiéndase bien, una libertad muy relativa—y la seguridad económica que entraña constituyen una condición esencial, puesto que aseguran la solidez del “frente interno”, sobre todo en momentos de intensa preparación a la guerra como los que estamos viviendo. Actualmente, y esto asume tanto más valor cuanto que la guerra parece inevitable, la satisfacción del campesinato constituye el 70 por 100 de la tranquilidad del Estado Mayor.

* * *

No existen evidencias de que estos cambios de rumbo y de estructura hayan impresionado mayormente al Departamento de Estado y al Pentágono. Contrariamente a los neutralistas de París, Roma y Nueva Delhi (sin olvidar a los *facinerosos* que se agrupan alrededor de Aneurin Bevan), Washington muestra un escepticismo total. Los mismos ingleses que, hasta un pasado reciente, siempre acogieron con satisfacción no disimulada cualquier indicio de distensión en el Este, imitan la actitud de los norteamericanos. Ahora que se ven amenazar directamente en el nudo vital de sus vías de comunicación imperial, se manifiestan tan dispuestos a empuñar las armas como el 1 de septiembre de 1939 y se esfuerzan en convencer a sus aliados de allende el Océano de la conveniencia de subscribir compromisos sin escapatorias en el Mediterráneo oriental. El apresuramiento del gobierno británico en asumir posiciones firmes en el terreno militar y diplomático—actitud tan diversa de la de hace seis meses—demuestra que para el Foreign Office los dados están echados: los servicios competentes del gobierno de Su Majestad han llegado a la convicción de que el antistalinismo, ahora de moda en Moscú, significa que la guerra está *ad portas* y que, como Aníbal en 212 a C., Zhukov se prepara para el supremo asalto contra el mundo libre.

Los norteamericanos, convencidos de antemano, no han tenido que hacerse rogar demasiado para adaptarse a esta situación, por lo demás no tan nueva como se cree en Londres. Para ellos como—ahora—para los ingleses, Rusia se encuentra en la necesidad de recurrir a las armas para evitar la paralización de su sistema interior. Edificada en función de una idea revolucionaria que siempre le permitió encontrar fuera de sus fronteras los alimentos que su organismo antinaturalmente constituido y, por consiguiente, infradotado para satisfacer sus propias nece-

sidades, exige para subsistir, la URSS tiene que confiar su destino a una sola jugada, cuya apuesta es la conquista de todos los recursos del mundo (o su propia desaparición). Las amputaciones ideológicas que está practicando sobre sí misma constituyen, pues, una medida de prudencia, una curación preventiva antes de una acción que ha de empeñar todos sus órganos que tienen que encontrarse en perfectas condiciones de funcionamiento cuando llegue la hora de la verdad.

Al arrojar el lastre staliniano, con todas las consecuencias que ello pueda tener fuera de Rusia, los mariscales se aseguran—o creen asegurarse—el apoyo incondicional del pueblo ruso. En estas condiciones, poco importa si los PC de Europa occidental y de América, al revelarse incapaces de hacer aceptar por los socialistas sus nuevas propuestas frentepopulistas, caen en la impotencia y pierden lo esencial de su audiencia ante el mundo obrero. Como ya no puede haber guerra relámpago y es bastante probable que ninguno de los beligerantes se atreva a emplear de inmediato las armas termonucleares, las quintas columnas no servirían para nada. Y, puesto que, al precio de este abandono de gente insegura y, en todo caso, ineficaz, se espera conseguir la adhesión del pueblo ruso, la jugada merece ejecutarse mientras quede tiempo suficiente para la instalación final del dispositivo estratégico.

Alberto FALCIONELLI

